

Ocurrió todo durante el mes de julio, la época en que más turnos de guardia me correspondió hacer. Yo nunca supe ni sabré cuál pudo ser su auténtico nombre, como tampoco supe cómo la habrían bautizado los otros soldados en sus vigiliias solitarias. Para mí, sin embargo, era Marlene, la Bella Marlene, y éste se me antojaba el único dato cierto entre las múltiples conjeturas: extranjera, nórdica quizá, y probablemente alumna de la universidad de verano próxima al cuartel, pese a que jamás aparecía por ese lado sino por el opuesto, como si viniera del campo y no del centro de la ciudad.

Salía, siempre a la misma hora, de la noche cerrada a la zona de luz, y lo hacía despacio y sin entusiasmo, con la mecánica precisión de una vedette que hubiera repetido mil veces el mismo número y fuera capaz de realizar cada movimiento sobre el escenario sin equivocarse ni prestar atención. Surgía de entre unas imaginarias bambalinas de sombra en el ángulo izquierdo del campo visual, y atravesaba los escasos metros de penumbra como si se creyera sola e inobservada, como si, sola e inobservada, se despojara de una inmensa bufanda de oscuridad que hasta entonces la hubiera abrigado. Y en este acto simple e insignificante había todo un anuncio del desfallecido strip-tease posterior.

Un strip-tease que se desarrollaba todas las noches de idéntico modo. La Bella Marlene se detenía en el centro de la zona iluminada (o tal vez fuera que el centro se situaba en cada momento donde ella estaba), y allí permanecía inmóvil durante unos instantes con la mirada fija en un punto indeterminado junto al centinela, siempre un poco más arriba o más abajo o hacia un lado, jamás en el sitio exacto en que yo me encontraba. Después se llevaba con lentitud las manos a la nuca y se soltaba la coleta de forma que algunos mechones de su lacio pelo rubio avanzaran hasta acariciarles las clavículas, e iniciaba la ardua tarea de desabrocharse los botones traseros del jersey parduzco. Se lo quitaba sin acabar de desabotonarlo, cruzando los brazos en equis a la altura de las costillas e invirtiendo esa equis sobre la cabeza, y en un breve relámpago de carne blanca se hacían visibles la última insinuación de las caderas, un vientre apenas abultado, un ancho sujetador negro que parecía como pintado en su tórax y dos sombras de pelo en las axilas. Doblabla cuidadosamente el jersey y

lo depositaba en el suelo sobre el polvo, como en un cajón en el que hubiera otras prendas plegadas. Se echaba de nuevo las manos a la espalda para bajarse la cremallera de la falda, una larga falda de popelina que de repente caía a sus pies descubriendo la braga negra, unas piernas de gruesos muslos y unos blancos calcetines de tenis en los que la vista no había reparado hasta entonces. Marlene salía de su falda con un saltito resignado, como se sale de un charco cuando ya el agua nos ha empapado los zapatos, y tras recogerla la sacudía en el aire y la doblaba sobre el jersey. El modo en que se despojaba del calzado, unas sucias zapatillas de deporte, era el que en mayor medida carecía de gracia: se arrodillaba sobre un pie y luego sobre el otro para desanudarse los cordones, se levantaba, pisándose sucesivamente ambos talones daba un par de breves pasos y, con imprevisible negligencia, abandonaba las zapatillas en el desorden en que habían quedado. Luego bajaba la vista al suelo y se quitaba el ancho sujetador negro, dos senos pequeños asomaban con sus amplios pezones rosados, y el número había concluido.

Vestida tan sólo con la enorme braga y los calcetines de tenis adoptaba otra vez la breve inmovilidad inicial, hasta que se agachaba a recoger sus ropas y salía por el mismo ángulo por el que había entrado. Eso es al menos lo que yo creo recordar, pero lo cierto es que las diferentes versiones de los distintos soldados sobre su marcha jamás coincidían: unos decían que se vestía antes de irse, otros que no regresaba por donde había llegado sino que seguía camino de la ciudad, e incluso había quienes no podían asegurar de qué modo y en qué dirección solía marcharse, como si en su interior abrigaran la secreta certeza de una súbita e inexplicable desaparición.

En realidad, los soldados a los que correspondía montar guardia en esa garita no solíamos comentar las visitas de la Bella Marlene. Yo había oído a unos cuantos hablar de ella, siempre en voz baja y con los gestos furtivos del conspirador, pero, en todo caso, el único con el que intercambiaba confidencias al respecto era un extremeño llamado Molina, un chico enjuto y nervioso con el que había entablado cierta amistad. Molina, al principio, cedía con facilidad a la tentación del chiste fácil y la grosería, y aludía a la extraña visitante con ese desdén especial que los adolescentes reservan a los locos y a las prostitutas. Con el tiempo, sin embargo, sus referencias a ella fueron haciéndose más esporádicas, hasta que finalmente se encerró en un mutismo inquebrantable. Lo mismo nos ocurrió al resto



El enemigo interior

de los centinelas: parecía como si en cada uno de nosotros se hubiera ido afianzando, noche tras noche, la sensación de secreto, de un secreto personal que se negaba a ser compartido, pese a que, por supuesto, ninguno ignoraba que el número que ella había ejecutado sólo por él se reproduciría para otros soldados mañana y pasado mañana ni que, por tanto, superaban la veintena los compañeros que estaban en posesión de ese mismo secreto.

Entre nosotros se había extendido la consigna tácita de proteger aquellas visitas con el silencio, de mantener su clandestinidad ante los demás aunque hubiera que contravenir algunas de las prescripciones de las ordenanzas militares: de hecho, nadie dio jamás parte a los superiores ni exigió el santo y seña reglamentario ni efectuó nunca ningún disparo de aviso.

El episodio de la Bella Marlene se convirtió así en una experiencia singular para cada uno de esos soldados, en una insólita historia de amor que por fuerza tenía que quedar incorporada a nuestras vidas y que, tarde o temprano, sería rescatada por la memoria de alguno de nosotros. Yo más de una vez me he descubierto recreándola, y en todas esas ocasiones me la he representado de un modo caótico, en forma de imágenes fugaces e inconexas que relampaguean un instante y pronto se reintegran a un orden distinto al de los acontecimientos, a un orden no temporal ni narrativo sino emocional: de una oscuridad interior brota la recortada blancura de los calcetines de tenis, y en ellos está ya condensado todo lo demás, los muslos, los pezones, los

lacios cabellos, el rápido resbalar de la falda, el montoncito de ropa plegada, la forzosa inmovilidad en la garita, aquel tenso silencio que hacía audibles mis latidos, la energía con la que mis dedos agarraban el fusil, la eyaculación final contra una de las malolientes paredes...

Recuerdo haberme sabido siempre amante pasivo, distante, sin rostro, desconocido por la Bella Marlene, que ni tan siquiera tenía la necesidad de darme un nombre figurado que me distinguiera de los otros centinelas. Recuerdo también haber sido en todo momento consciente de la escasa belleza de su cuerpo, de la vulgaridad de sus ropas y de la total falta de gracia con que se despojaba de ellas, no haber ignorado nunca que aquella mujer se desnudaba como podría hacerlo cualquier persona a solas en una habitación sin espejos, que se desnudaba (o mejor, se desvestía) sin el menor asomo de delectación, sin recrearse en ninguno de sus gestos o sus formas. Y lo más sorprendente era que esa desnudez inicialmente ajena y desprovista de sensualidad fuera capaz de convertirse enseguida en algo propio (daba lo mismo que ella no pudiera distinguir mis rasgos ni diferenciarme de los demás) y fundamentalmente hermoso: desde el principio Marlene fue para mí la Bella Marlene. La bella desconocida que provocaba aquella impaciencia durante la espera, aquel estremecimiento cuando aparecía, esa falta de reposo en mi teórica posición de descanso, un calor insoportable en la noche templada.

Yo no sabía cómo sería la locura por dentro, qué proceso seguiría hasta instalarse en una persona, pero pensaba que no debía de ser muy distinto de todo eso: aprovecharía los momentos de debilidad, buscaría a alguien tan vulnerable como un soldado en la soledad de la garita, facilitaría el asalto de sus reflexiones y deseos (del enemigo interior, el único contra el cual el arma resulta inservible) y dejaría que el tiempo se ocupara del resto. Por eso no pudo sorprenderme la noticia de que Molina había hecho uso de su fusil para, con un balazo que atravesó una braga negra y un pubis, luchar contra ese enemigo y culminar el único coito posible.

Todos en el cuartel oímos la detonación. Pocos segundos después, Molina, desarmado y aparentemente tranquilo, llegó al cuerpo de guardia y se tumbó en uno de los colchones. Alguien apagó la radio y sólo entonces se le oyó decir, con una voz de niño que presagiaba el llanto inminente: "La he matado." En la garita encontraron el fusil aún caliente, pero al pie del muro no había cadáver alguno, ni ropa, ni el menor rastro de sangre. El sargento ordenó silencio y dijo nada más: "Al soldado Molina se le ha disparado el arma. Se le impondrá la sanción correspondiente por abandono del puesto". Ninguna noticia de lo sucedido apareció en la prensa local, no se habló de ello en la ciudad, la universidad de verano no denunció la desaparición de ninguna alumna. El hecho no llegó siquiera a oídos de los oficiales, y parece ser que por la mañana, ya casi recuperado Molina del ataque de nervios que le había mantenido postrado, lo único que el sargento comentó fue: "Todos los veranos la misma historia".

* Del libro de próxima publicación *Foto de familia*.